

A PROPÓSITO DEL FUERTE DE SAN MARCOS

Ramón Ayerza

Nada tan épico como el esfuerzo inútil. Trabajar mucho para no conseguir nada puede parecer una idiotez, aunque siempre se puede orlar estos empeños de un aura de desinterés y grandeza que barre de su estela cualquier sospecha, desde luego justificada, de estupidez y despilfarro. Quienes no supieron intuir el resultado de sus acciones, al comprobarlas ridículas y lamentables, tienden siempre a acogerse a la envidiable condición de profetas y a obsequiar a lo obtenido con los laureles de lo *"aunque previsible, finalmente inexorable"*. No otra suele ser la sustancia que nutre lo trágico.

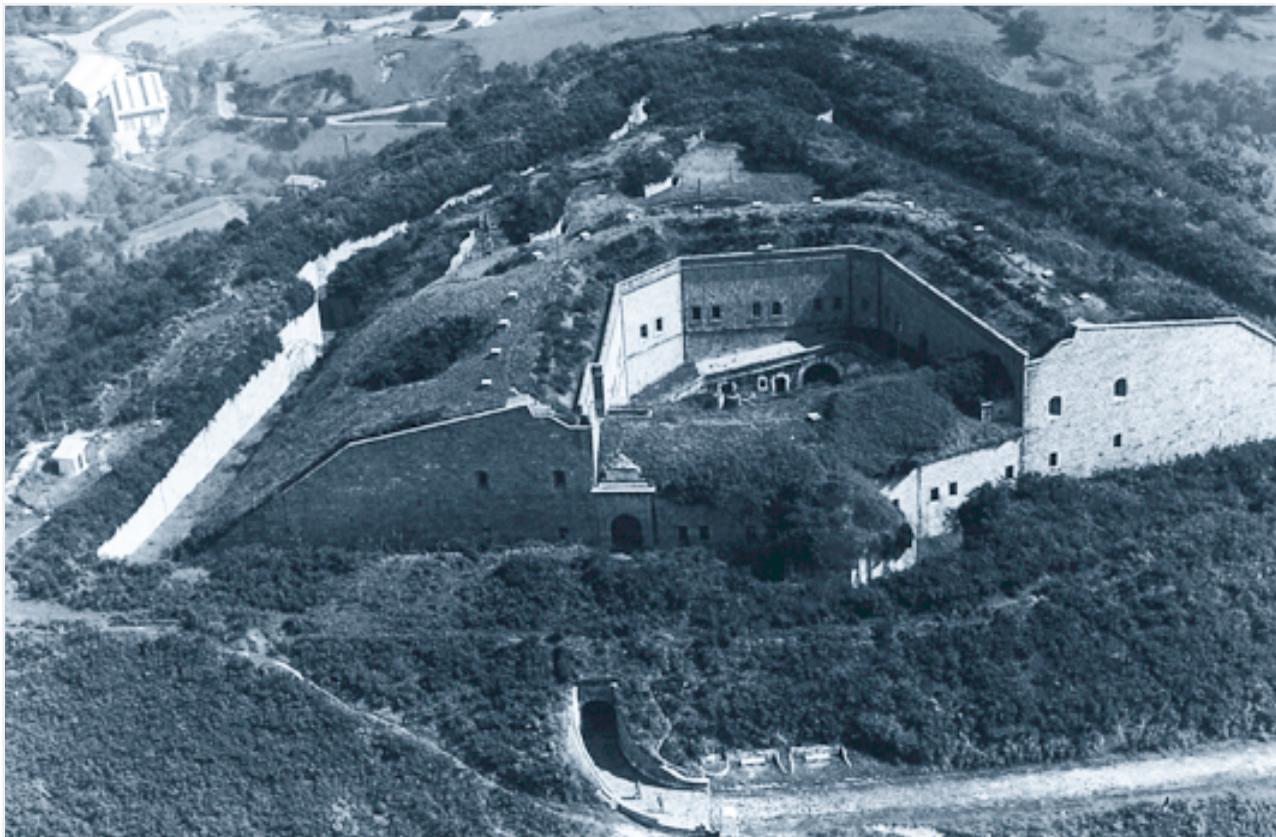
Así parece que ha ocurrido con el fuerte de San Marcos, cuya agazapada mole domina la Villa y cuyo agudo espolón apunta, nunca mejor dicho, ese amplio valle abierto hasta Francia de donde se esperaba un enemigo que, después de despedirse "a la francesa", también nunca mejor dicho, jamás compareció a la cita.

Después de aquella fecha, mil ochocientos trece, ya no hubo enemigos, y sin embargo hubo guerras; y civiles, que son las peo-

res. Cuando el enemigo viene de fuera –y cuanto de más lejos, mejor– terminada la contienda se marcha y, con el tiempo, se olvida. En las guerras civiles el enemigo es un vecino que, a su término, vuelve a vivir enfrente de casa, y eso hace mucho más difícil perdonar, ... y olvidar.

En el entorno de la Villa, que es lo que interesa fundamentalmente en la presente publicación, las guerras civiles del siglo XIX fueron las carlistas: la primera, de 1833 a 1840, cuando Cabrera se rindió en Morella (para algunos, hasta 1839, cuando el "abrazo de Vergara"); la segunda, de 1846 a 1849, prácticamente limitada a Cataluña; y la tercera, de 1872 a 1876, que se cebó particularmente en el País Vasco.

En el siglo XX sólo hubo una guerra, también civil y extraordinariamente letal, de 1936 a 1939, y cuyas terribles consecuencias, enhebradas en los rencores de las precedentes contiendas y sirviendo a un conglomerado de intereses no siempre confesables, se pueden rastrear hasta nuestros días.



Probablemente la paz de 1876 trajera como consecuencia la construcción de nuestro fuerte. Por una parte, hora era ya de distraer los enconos pensando en otros enemigos, menos próximos. Por otro lado, en algo convenía entretener a un ejército permanente, numeroso y fatigado, en tiempo de paz. Nada más adecuado que construir algo y prepararse con ello para futuras contiendas.

El fuerte se proyectó y construyó plantando sus defensas frente a la vecina Francia, señalando así la dirección de un enemigo más conveniente. Pero éste, sobrecogido por el creciente poderío teutónico, ni quiso ni pudo mirar ya hacia esta parte. Mejor. Hoy tendremos que reconocer que la iniciativa de disponer el fuerte mirando hacia Francia, aunque ingenua, era sin duda bienintencionada.

Al cabo, todo resultó inútil (mejor). Las bofetadas vinieron de otra parte y el fuerte, grande, poderoso, bien aparejado aunque incompletamente armado, se quedó sin su bautismo de fuego. Mejor. Desde comienzos del siglo XX, el desarrollo de la técnica militar arrojó serias dudas sobre la eficacia de las defensas fijas. Los temidos franceses así lo demostraron en 1940, en la Línea Maginot, cuando la permanente amenaza alemana se concretó en columnas de vehículos blindados.

Hoy hay más motivos que nunca para no temer que el enemigo venga del norte. Los militares se dieron cuenta de ello hace ya mucho tiempo, desafectando San Marcos. Su fortísima construcción lo ha mantenido al abrigo de la ruina, que siempre merodea las situaciones de desuso. Por si fuera poco, el Ayuntamiento de la Villa, permanentemente atento a cuanto ocurre en su término, lo ha rehabilitado y mantiene en perfecto orden de revista (también, nunca mejor dicho).

La visita a este gigante agazapado en medio del prado, ya desarmado pero aun disfrazado de guerrero, emociona y divierte. Emociona por la conciencia de haberse evitado el golpe previsto; también por el esfuerzo, por tanto sacrificio inútil y, ¿por qué no decirlo?, por la conciencia de tanto tiempo perdido por tantos jóvenes en ociosos menesteres entre sus murallas.

Divierte, sí, divierte también, aunque brevemente, el despropósito de semejante instala-

ción inútil de nacimiento, hace ya ciento catorce años. Lo preparado para soportar los mayores ataques físicos con frecuencia se desmorona ante una sonrisa. El más elemental sentido de la economía obliga a plantearse la recuperación de semejante edificio para un uso socialmente útil.

Inútil hoy para una defensa innecesaria, desdeñado por el enemigo previsto, ignorado por el imprevisto, fracasado para la guerra, el fuerte de San Marcos ofrece las mejores credenciales para dedicarse a la paz. Todos debemos hacer lo necesario para que ello sea posible. La guerra es sólo de unos pocos que, no por casualidad, no se involucran en ella, mientras que la paz es de todos porque a todos sirve y todos salimos beneficiados con ella.

El destino del fuerte de San Marcos está en la paz. No podría ser de otra manera. Su uso está siendo considerado por el Ayuntamiento de la Villa, ya se ha dicho que siempre atento a los intereses de sus ciudadanos. Bueno sería que ese uso se relacionase con la cultura. En cualquier caso y destino, bueno será que el edificio ofrezca un elocuente testimonio de su immaculada pirueta desde las sombras de la paranoia defensiva hasta el entregado servicio a los mejores intereses de la ciudadanía.

